

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *Del padre; Su mision; Sus atributos*, por D. Leandro A. Herrero.—*La luz del genio*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—Galería de artistas célebres: *Miguel Ángel* (conclusion), por D. Julian Castellanos.—*La Violeta*, poesía, por doña Irene L. y R. Ferrer.—*El mal del país*.—*Á una rosa marchita*, madrigal, por D. Constantino Gil.—*El telégrafo eléctrico*, por D. Pedro María Barrera.—*Mariquilla la idiota* (continuación), novela, por doña Rogelia Leon.—*Revista de modas*. *Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Esplaiación del figurin*.—*Variedades*.
Pliego quince de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

DEL PADRE.—SU MISIÓN.—SUS ATRIBUTOS.

El padre es quien en el seno de la familia representa la sociedad.

El padre ya no hiere, no maldice, no mata: es el profeta de sus hijos y no su amo, no su verdugo.

(Aimé.—Martin.—Educ. de las madres de familia.—Del padre.)

Completaremos el lienzo que venimos trazando, colocando en su remate superior la figura de un sér

querido y majestuoso, de un sacerdote sagrado que vela por la armonía del hogar, á quien invocamos con el dulce nombre de *padre*; nombre venerando, generador de esta prodigiosa fábrica, á la que tributamos respeto y adoracion, penetrados altamente de la escelencia de su destino.

El nombre de padre tiene para nosotros el mismo culto que el de *madre*, con la sola diferencia de la forma: no abrazamos al padre, pero le bendecimos: no le consideramos como un tierno hermano, pero le adoramos: necesitamos un poder que sirva de custodia y salvaguardia á la familia, y él nos concede el suyo: necesitamos un agente que nos relacione con el mundo exterior, y él nos relaciona: Magnífica armonía que coloca al pié de nuestra cuna todos los elementos de nuestra grandeza, todas las tradiciones, todas las ideas, todas las luces del alma!

La mano de nuestra madre nos acaricia, modela como cera la imagen del bien en nuestro corazón: la voz del abuelo nos estasia: los vínculos de la sangre nos abren los horizontes del amor universal; y detrás de estos mágicos encantos de la cuna, cuando el

poder de la madre se hace inerte, cuando en frente de nosotros se levanta un abismo en la vida, que brama roncamente como el eco lejano de una tempestad, hé aquí que la mano del padre se apodera dulcemente de la nuestra, y reasumiendo las glorias que sonrieron tanto á nuestra niñez, nos enseña á aplicarlas á la vida real, presentándonos esta de relieve, y señalando como buen marino los escollos, los arrecifes, las rocas salientes que á flor de agua ocultan el peligro, nos pone en completa posesion de la más árdua de las ciencias, que es la de vivir.

El padre es nuestro mentor, nuestro verdadero maestro, y el único que se detiene á decirnos: —¡observa!—¡copia!—¡admira!—¡adora! Es verdaderamente el sacerdote que vela por el fuego sagrado que depositó la madre en nuestro corazon.

Así, para completar el orden prodigioso con que se relacionan todas las funciones en la vida doméstica, para que esta cadena de magníficos anillos no sufra interrupcion hasta su remate, tenemos la grandeza de la mision paternal, que empieza cuando termina la de la madre, y que, siendo por decirlo así, su ampliacion, viene á terminar la formacion del hombre.

Así la funcion del padre sometida á una actividad pasiva durante el tiempo que necesitó la madre para formar nuestro corazon, para dotarle de tantos sentimientos, de tantas ideas, de tantas adoraciones, se presenta instantáneamente á sacar partido de todo esto, encaminándolo á la perfeccion indefinida de que es susceptible su corazon, relacionada con toda la humanidad.

En efecto; en ninguna edad de la vida aprendemos tanto como en la niñez: compárense todas las ideas que hemos adquirido del mundo que nos rodea, todos los conocimientos familiares que se nos han hecho comunes, todas las percepciones que hemos definido en nuestro interior, y véase si en ningún período de siete ó nueve años nos hemos enriquecido tanto. Pero, ¿qué fuera de esta magnífica ciencia sin la mision del padre? ¿De qué nos serviría tanta nocion colectiva y amontonada sin el auxilio de ese gran clasificador que separa los espacios, los géneros y las familias? Penetraríamos en el mundo á ciegas y tropezaríamos con la roca del despeñadero, poseyendo un bello corazon con inteligencia idiota.

Se ofrece una duda tratando de esta cuestion. — ¿Por qué el padre no puede reemplazar á la madre

en sus funciones? ¿No tiene más inteligencia, más autoridad, más poder para educar á sus hijos? Consideremos.

El padre es ciudadano á la vez que padre; su mision se estiende al mundo y al hogar: la tribuna, las ciencias, las artes le llaman fuera de casa para atender á las exigencias del Estado y á las necesidades primeras de la familia: obrero infatigable, acosado de continuo por los mil cálculos que agobian al jefe, tiene que estar incesantemente separado de ella: no se pertenece absolutamente, porque frente al hogar se halla la patria que le impone deberes. — De aquí una gran necesidad social: la instruccion pública.

Lo que no admite duda es, que cuanto más armonía haya en las funciones del padre y de la madre, cuanto más se relacionen, apoyen y robustezcan, el resultado será más seguro. — Veamos de qué manera.

El padre es como el anillo que enlaza la vida doméstica con la vida pública: por su conducto se transmiten una á otra sus buenas ó malas inspiraciones: el hogar aislado recibe en su seno los ecos de la ciudad, reasumidos y suavizados por la voz del jefe de familia: su compañera, participe de sus secretos, de sus operaciones, de cuanto se relaciona con el porvenir, interviene en todo, discute blandamente, pone á la familia en posesion de cuanto sucede en el mundo exterior: así, la vida doméstica no es puramente vegetativa como algunos pudieran figurarse, sino que se nutre de la savia de la vida pública, aprendiendo constantemente sus lecciones, sus experiencias, sin sufrir contagio alguno, sin esponerse á devorar los amargos frutos de decepciones exteriores, teniendo por custodia el amor de madre que saca de todo partido para enseñar, y la fortaleza del ciudadano que se interpone entre el abismo para defender y preservar. Así el hogar, este hermoso nido que abriga con su calor á las generaciones nacientes, participa de todo sin lamentarse de nada: su propia vida le rodea de encantos: la vida exterior le enseña; los tiernos pajarillos crecen bajo el ala de su madre, cantando un himno eterno de gloria, escudados por el padre que los defiende del acerado pico de las aves de rapiña: aprenden á evitar el peligro: y cuando llega el día en que tienen que volar, el padre sirve de guia, y los conduce á cielos sin nubes que resplandecen por su luz y hermosura.

Y no se crea por eso que la familia desconoce completamente los mil principios que há menester

para vivir en público: el extremo no es la regla: del ostracismo absoluto no podría resultar nada bueno: lo necesario es que la ciencia exterior no se aprenda entre la tormenta del mundo, sino de los labios del padre: fuera del hogar hay desengaños que matan: el padre los sufre, y no debe hacerlos sentir á la familia: tan punible sería hacerle conocer esto demasiado, como ocultárselo completamente: el secreto es evitar el naufragio futuro sin llenar de espinas el presente; y hé aquí que la misión del padre realiza esta empresa fecunda: hé aquí que esta figura soberana del hogar se nos presenta ya en todo el esplendor de su grandeza, porque se transforma en mártir para derramar el bien entre sus hijos, mártir del mundo que saborea decepciones, que bajo el vestido que exige el culto social, lleva un alma desgarrada, una frente dolorida, un corazón herido y valiente que bendice en silencio su cruz, y todo lo arrostra por ahorrar una lágrima á sus caras prendas.

Se dice generalmente que el padre no puede llevar la misión de la madre, porque la energía del hombre, sus impetus, sus pasiones son siempre más violentas que las de la mujer: es un error: educad al hombre para reemplazar á la mujer, y conoceréis su aptitud: despropiadle de su profesión de ciudadano, geómetra, abogado, artista ú obrero; implantadle en la vida pasiva del hogar, encomendadle como á la mujer la sola tarea de educar, y vereis si la sustituye. Para que así no sucediera, sería preciso que el corazón del hombre y el de la mujer fueran dos polos opuestos, y son una misma esencia en dos formas. La cuestión es de tiempo, y nada más: el hombre no le tiene para consagrarse á los hijos: los mil detalles de la vida, los cuidados que le asedian como jefe de familia, le privan de reemplazar á la madre: por eso no puede tener su paciencia para educar, y apenas se detiene en el hogar, porque las necesidades domésticas exigen de él la actividad de una locomotora.

Hé aquí el origen de la separación de las funciones de esos dos reyes de la familia; pero no por esto se crea que han de caminar aislados, ni que la misión de la madre es más grande que la del padre: ambas tienen sus escelencias, ambas se armonizan para completar el ideal divino de la educación.

El padre es la salvaguardia de la familia: la defiende y sostiene, vela por sus derechos, y su mirada no solo abriga constantemente la vida doméstica,

sino que la desarrolla y gobierna con un orden prodigioso: además, el padre cuida del porvenir, fomentando con sus esfuerzos la fortuna material, y ampliando con sus conocimientos la educación materna para hacerla útil.

Así el padre no inspira como la madre, sino que enseña: la madre forma el sentimiento, el padre le ilustra; la madre modela una estatua, el padre la pulimenta; la madre forma un hombre, el padre un ciudadano; la madre fecunda el corazón, el padre le enriquece con la verdad; la madre imprime los gérmenes de lo bello, el padre los desarrolla y utiliza; la madre forma un ángel, el padre un individuo social; y de esta prodigiosa armonía de las funciones reciprocas de los soberanos del hogar, de esta separación relacionada, de esta división aparente que manifiesta la suprema sabiduría de la naturaleza, sometiendo todo al orden providencial de una economía divina, resulta completa la fábrica de esa institución celestial cuya magnificencia supera á todas las cosas terrestres.

Así el padre no ejerce una actividad pasiva en la familia, sino que, por decirlo así, es el eje, la palanca que la imprime su ordenada rotación. Como ciudadano pasa fuera la mayor parte del tiempo; pero su imagen queda allí grabada, velando en silencio por todas las cosas: él preside las grandes enseñanzas; él transmite las lecciones solemnes; él prepara las escenas majestuosas que hacen honda mella en el alma de la familia; él inspira á la madre para que á su vez inspire; él sostiene su poder con su autoridad; él imprime en todo el sello de la armonía, que da por resultado la prosperidad y bienestar.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

LA LUZ DEL GENIO.

A LA SIEMPRE INSPIRADA POETISA

Faustina Saez de Melgar.

Dios con cariño profundo
Quiso del cielo al través
Dar al hombre un don fecundo,
Y brotó el *genio* á sus piés
Para lumbrera del mundo;
Claro destello brillante
Sin color, forma ni nombre,

Cuyo fulgor centellante,
 Viene á revestir al hombre
 Con las formas de gigante.
 ¡Genio! rayo celestial
 Que cruza la azul esfera
 De los soles por igual,
 Mientras deja en su carrera
 Una ráfaga inmortal;
 Estrella que luz destella
 Y deslumbrante fulgura,
 Faro feliz que descuella,
 Marcando límpida huella
 Detrás de la sepultura.
 Del mar, como una ilusion,
 Un día, venciendo azares;
 Brotó una nueva region;
 Era el *genio* de Colon
 Que se cernia en los mares,
 A la fuerte potestad
 De un hombre, cedió en desmayo
 La terrible tempestad;
 Y al fin, á la voluntad
 De Franklin, descendió el rayo;
 En una cárcel, azote
 En que el dolor juega á escote
 Con la inocencia oprimida,
 Dió un pobre Manco la vida
 Al manchego D. Quijote:
 Y del teatro blason
 Para asombro de la tierra,
 Y del orbe admiracion,
 Da un Guillermo la Inglaterra,
 Y la España un Calderon.
 Al impulso sobrehumano
 Del ingenio soberano,
 La dificultad declina,
 Y Miguel Angel, anima
 Las piedras del Vaticano.
 Del Petrarca la querella,
 Es una apacible estrella
 Del más candoroso idilio;
 Es la purísima huella
 De la sombra de Virgilio;
 Y allá, del mundo primero
 Al vulgo inconstante y fiero,
 Placer causan á porfía,
 Pindaro con su alegría,
 Con sus lágrimas Homero.
 Del genio el soplo sencillo

Se desliza en el pincel
 Y asombran con doble brillo,
 En sus Vírgenes, Murillo;
 En sus Angeles, Rafael.
 Que donde la vista llega
 Se admira el genio profundo,
 Sol en venturas fecundo
 Que en pos del Señor navega
 Para lumbrera del mundo.
 Flor que vive de su esencia
 Con bien contrariada suerte
 Y mal soñada existencia,
 Vida que vence á la muerte,
 ¡Fanal de la Providencia!

JOAQUIN TOMELO BENEDICTO.

GALERIA DE ARTISTAS CELEBRES.

VIII.

MIGUEL ANGEL.

(Continuacion.)

V.

El gran artista, presumiendo que le esperaba la muerte, comparece ante el vencedor con la frente erguida; pero cuál no fué su sorpresa cuando vió que su juez, tendiéndole la mano con la mayor fruición, le dijo:

—Bonarroti: el que ha desplegado como tú tan excelentes cualidades para defender á su patria, no puede menos de merecer mi aprecio y admiracion.

Esta conducta tan digna y generosa obligó á Miguel Ángel, quien sin demora se ocupa en erigir en la iglesia de San Lorenzo los sepulcros de Julian y de Lorenzo de Médicis.

La gratitud conduce su cincel en este trabajo, y la estatua de Julian de Médicis, respirando energía y vigor, contrasta sobremanera con la de su hermano, en cuyo rostro de mármol se ve pintada la Meditacion de tal manera, que el mundo admira *il Penseroso*, como una de las mejores concepciones de Bonarroti.

IX.

Terminados estos dos magníficos monumentos, Roma vuelve á abrigar en su recinto al gran escultor.

Clemente VII muere, llevando al sepulcro el sentimiento de no ver decorados por el pincel de Miguel Ángel los muros de la capilla Sixtina.

Su sucesor Paulo III, arregla con el duque de Ur-

bino la cuestion de la tumba de su pariente, y Bonarroti mira con satisfaccion terminado tan enojoso asunto, dejando solo hechas de su mano cuatro estatuas, entre las que descuellan Moisés, que habia de servir de coronacion á la obra.

Esta escultura gigante, enérgica y terrible como el génio que la creara, da la más completa idea de lo que hubiera sido el monumento de Julio II, siguiendo el primitivo plan de Bonarroti; monumento que quedó reducido despues á una fachada de mármol adherida al muro de la iglesia de San Pedro de los Lazos.

Libre ya de compromisos Miguel Ángel, entrégase por completo á la ejecucion de su *Juicio final*.

Nueve años emplea en aquel inmenso cuadro, que no ha tenido, y casi se puede asegurar que no tendrá rival en los fastos del arte.

La historia entera de la humanidad está representada en aquella obra inmortal como el génio, grande como la misma inmensidad.

Todas las pasiones, todos los sentimientos, todas las actitudes de que es capaz el cuerpo humano, aparecen retratadas en aquella muchedumbre de figuras, en aquel mundo de sombras y colores, en aquella esposicion terrible, donde el génio del artista hace concurrir todas las generaciones sacándolas del polvo de sus sepulcros.

Durante el tiempo que tardó en hacerse esta maravilla del arte, cuéntase que ocurrieron muchas y curiosas anécdotas.

Un dia que Paulo III, acompañado de su maestro de ceremonias Biagio, retirábase despues de examinar el estado de la obra, este se permitió decirle:

—Santo Padre: paréceme que estos frescos son más propios de una taberna que de la capilla de un Pontífice.

Bonarroti escucha las palabras del Cardenal, y decidido á castigar su injusta critica, colocó el retrato exacto de Biagio en el infierno, bajo el disfraz de Midas.

La desesperacion del maestro de ceremonias cuando se apercibe de la mala pasada del artista, no tiene limites; y acudiendo al Pontífice, le ruega que le saque del infierno en que Bonarroti le colocara.

Paulo III, con una gravedad estudiada, le responde:

—Biagio, ya sabes que hemos recibido de Dios poder sobre el cielo y la tierra, pero ninguna clase de facultades tenemos sobre el infierno; así, pues, per-

manece allí, puesto que nada podemos hacer para sacarte.

X.

Cuando el *Juicio final* fué concluido, Bonarroti hubiera de buena gana arrojado los pinceles para siempre, pero Paulo III no era de su mismo dictámen, y el pobre artista no tuvo más remedio que ocuparse en decorar la capilla Paulina, y hacer en ella dos grandes cuadros representando la Conversion de San Pablo y el Martirio de San Pedro.

Terminados estos frescos, volvió Bonarroti á su ocupacion favorita, y la historia del artista se enriqueció con una página más al surgir bajo su inspirado cincel un *Descendimiento de la Cruz*, magnifico grupo de cuatro figuras, hecho de un solo trozo de mármol.

La vejez hacia ya sentir su peso al gran artista que deseaba solo descansar en el seno de su taller, cuando una nueva exigencia del Papa vino á conturbarle, haciéndole producir otra de las obras que más habian de inmortalizar su nombre.

La iglesia de San Pedro, cuya primera piedra colocara Constantino hácia el año 324, habíase convertido en un monton de ruinas; varios Pontífices habian pretendido, durante los siglos xiii y xiv, reedificarla, pero sus esfuerzos habian sido inútiles.

Nicolás V y Julio II lucharon tambien durante su dominacion por llevar á cabo aquella obra, que entregada en manos de especuladores parecia la sima destinada á enterrar los tesoros de todos los Pontífices, y á no concluirse nunca.

Sumas inmensas habianse consumido sin resultado alguno, y Paulo III conoció que sin el auxilio poderoso de su artista desinteresado y activo, la obra de San Pedro seria interminable.

Firme en esta conviccion, fijóse en Miguel Ángel como el hombre más á propósito para la realizacion de su idea, y le rogó se encargase de llevarla á cabo.

El artista resistió cuanto pudo, pero viendo lo inútil de su empeño accedió, y en el cortísimo trascurso de quince dias hizo en relieve el plano bajo el cual debia levantarse el nuevo edificio.

Aprobada la traza por el Pontífice, y provisto Miguel Ángel de las más amplias facultades, preséntase en San Pedro, y mandando demoler cuantas obras se hicieran hasta entonces, emprende la construccion del nuevo edificio, que empieza á levantarse como evocado por un conjuro.

Diez y siete años de asiduos trabajos en la fábrica

de este templo llevaba Bonarroti, cuando el soplo de la muerte le hizo descender á la tumba con la seguridad de que, segun los progresos de la obra, la forma de la gran Basílica no seria ya alterada.

La última esperanza del gran artista no se defraudó; la inmensa bóveda de San Pedro, una de las mayores maravillas que el génio alzara en el mundo, fué ejecutada, con arreglo á sus planos, por el dominico Fontana y Giacomo de la Porta.

Ochenta y ocho años, once meses y quince dias contaba Bonarroti, cuando una fiebre lenta le hizo espirar tranquilamente el dia 17 de febrero de 1563.

Con su muerte, perdió Italia su mejor hijo, y el mundo el primer artista de aquel siglo. Pintor, escultor y arquitecto, fué tambien poeta, habiendo dejado escritos algunos sonetos.

Vasari le retrata de esta manera: cabeza redonda, frente cuadrada y espaciosa, sienes muy pronunciadas, nariz aplastada (de resultas de un puñetazo que le dió Torrejiani), ojos más bien pequeños que grandes, cejas poco pobladas, lábios delgados, barba proporcionada, pero espesa y dividida en dos mechones iguales hácia el centro.

Dumas, ocupándose tambien de este génio, dice:

«Sóbrio consigo mismo, generoso con los demás, se alimentaba á menudo con un pedazo de pan y daba sumas enormes á sus sobrinos, á sus servidores, á los pobres, y sobre todo á los artistas. Fuerte para el trabajo, enemigo del placer, sério, grave, austero, amaba la soledad y huia del trato de los hombres; jamás transigia con sus deberes; severo con los demás, y aun consigo mismo, aborrecia la infamia y despreciaba la necesidad.

«Su vida fué completamente irrepreensible, tenia una virtud estoica, un carácter lacedemoniano, el alma de Caton, el génio de Fidias.»

JULIAN CASTELLANOS.

LA VIOLETA.

(Traduccion de Dubos.)

Hija de la primavera,
Tímida amante del bosque,
Tu perfume me embriaga
Y tú esquivas mis favores.
Como el bienhechor discreto
Que la indigencia socorre,
Así prodigas el bien,

Más la gratitud no acoges.
Sin fausto, y abandonada,
Vives sin admiradores,
Y anunciada por tu aroma,
Á los ojos aun te escondes.
Inerme á la ingrata planta
Del pasajero te esponés,
Que te aja, cual la inocencia
Desflora á veces el hombre.
¿Por qué tu color modesto,
Medrosa, á la luz no esponés?
¿Temes el ser eclipsada
Por la reina de las flores?
No temas, aun la pastora
Sabe agradar en la corte.
Place el sol de hermoso cielo
Y del dia los albores;
Ven aquí á nuestros jardines,
Deja el solitario bosque;
Regarte todos los dias
Con purísimos aljófares
Te prometo: más, ¿qué digo?
No, quédate en esos bosques,
Oh querida violeta:
¡Feliz quien siembra favores
Cual tú favores prodigas
Y cual tú su vida esconde!

IRENE L. Y R. FERRER.

EL MAL DEL PAIS.

Al mismo tiempo que la naturaleza comunica al hombre el soplo de la vida, graba profundamente en su corazon un sentimiento de inefable amor hácia el país que lo ve nacer. ¡Qué piadosos recuerdos se unen con los parajes testigos de las distracciones de nuestra infancia! Es necesario que sean muy vivas estas primeras sensaciones recibidas en tierna edad, para que los más hermosos países del universo no puedan hacernos olvidar la modesta cabaña donde abrimos los ojos á la luz. Arranquemos de sus montes de hielo al hombre vecino al polo, y muy en breve languidecerá. Traslademos al africano bajo nuestra zona templada, y recordará con pesar sus abrasadoras arenas.

Pero si en el amor del país natal hallamos una fuente de goces puros y dulces, encontramos tambien por desgracia el germen de una afeccion triste

del alma, cuyos caracteres, muy débiles en apariencia, suelen conducir á un fin prematuro; hablamos de la nostalgia ó mal del país.

En la enfermedad que nos ocupa, el pasado es el único que tiene la mente escitada. Los padres, los amigos, los vecinos, el valle, el río y la iglesia del pueblo, son sucesivamente objeto de una idea, de un pesar ó de una lágrima. Ciertamente es que todos sufrimos la suerte común en diferentes grados; pero nadie hay que esté libre del melancólico influjo de aquellas sensaciones: ¡tanta es la fuerza que tiene el hábito de nuestros primeros años!

El mal del país se observa en todas partes, tanto bajo los climas más desiguales como en las estaciones más desemejantes; no respeta sexo ni edad. El rico y el pobre, el salvaje y el hombre civilizado, el alma más serena y la más pusilánime, todas son desapiadadamente víctimas suyas.

Sentemos primeramente que la nostalgia no reconoce una causa única, y que si en la grandísima mayoría de casos es provocada por la separación del suelo natal, no se sigue de aquí que carezca de otros móviles. Veamos si no á ese tierno niño á quien una nodriza mercenaria acaba de entregar á su familia, cómo se desconsuela cuando ve apartarse, quizás para siempre, á la mujer que le ha servido de madre, y como la llama con sus clamores. Los padres lo colman de caricias, más él permanece triste é insensible. Ese niño está nostálgico.

En el hombre que durante muchos años ha estado espuesto á los continuados peligros de la navegación, no teniendo más abrigo que el cielo, ni otra perspectiva delante de sí sino un horizonte sin límites, ¿qué es lo que le causa tristeza y siente cuando el curso de los años le obliga á echar el áncora por última vez? ¡Ah...! no es el techo paterno, sino su buque y la mar.

Ese militar que ha envejecido en los campamentos, ese médico cuyos días han transcurrido calmando los padecimientos ajenos, ese artista que nunca conoció sino la paleta ó el cincel, ese activo industrial, ese simple obrero, en fin, ¿qué son cuando el tiempo y las enfermedades los condenan al reposo? Nostálgicos. El cambio de hábitos, la inacción, la ociosidad del retiro y el aburrimiento son, por lo general, malos compañeros, y su pernicioso influencia se hace sentir muy en breve sobre todas las funciones de la economía. Se verifica una reacción simpática del cerebro sobre una víscera importante, y la Parca

corta el hilo de una existencia que es ya penosa y triste desde que probó la dicha.

¿A qué edad es más de temer la nostalgia? En la edad de las ilusiones, cuando el adolescente forma castillos en el aire sobre su porvenir, y sin escudriñar las profundidades del abismo se dirige con pasos firmes y con la alegría en el corazón hacia un mundo desconocido, donde está ávido por presentarse. Unas veces es un joven lleno de candor, criado en medio de una familia á quien ama, el cual se separa de repente de los brazos de su llorosa madre para ir á estudiar á la corte; otras es un adolescente á quien el redoble del tambor llama al servicio, á la defensa del pabellón nacional; dice un adiós, á veces eterno, á sus ancianos padres, á sus amigos, á su amante, y muda de clima y de costumbres, de trabajos y de género de vida. El vacío que experimenta y la falta de las sensaciones agradables que distraían su joven alma, no pueden sustraerlo de las tristes ideas y amargos pesares de haber dejado su primera existencia. Por este motivo la administración militar, de acuerdo con personas especiales, se ha visto muchas veces obligada á conceder licencias al recluta nostálgico, que, á no ser por esta paternal determinación, habría penosamente languidecido, semejante al vegetal que se marchita al trasplantarlo á una tierra extraña.

La mujer, no obstante su exquisita sensibilidad, está menos espuesta al mal del país; porque las circunstancias etiológicas son más raras en ella. Educada la joven bajo los vigilantes ojos de los padres, no deja por lo general su familia sino para fundar otra nueva, y su corazón se llena en breve con nuevos objetos de su cariño.

Las penas vigentes en los pueblos antiguos ó modernos han considerado siempre el destierro como uno de los más terribles castigos que se pueden imponer al culpable. Los griegos abusaron frecuentemente del ostracismo, y ni á Aristides, ni á Milcíades faltaron compañeros de infortunio. Los romanos, por su parte, no escaseaban los rigores del destierro á hombres de elevadísimo mérito. Sabidas son las sentencias nostálgicas del poeta más amable que jamás tuvo Roma, del que conoció y cantó perfectamente el amor; de Ovidio, en fin, que exclamó cierto día en medio de la amargura de sus pesares:

*O quotér, o quotiés non est numerare beatum!
Non interdicta cui licet urbe frui.*

Nada desarrolla acaso en más alto punto el

mal del país como la prision. Cierta dia que con suma atencion visitábamos el inmenso establecimiento penitenciario de Clairvaux, en Francia, recordamos haber visto allí varios jóvenes presos, que llorosos nos manifestaron que no les molestaba el severo régimen de la casa, sino que su más agudo tormento era el vivir apartados de la iglesia de su pueblo. Los anales militares contemporáneos contienen la curiosísima relacion del salvamento del ponton *Castilla* en 1810, de parte de aquel grande y heroico ejército francés residente en España, que vencido por las armas dos años antes, despues de la capitulacion de Bailen, fué enterrado todo vivo en estrechas prisiones en infestados pontones. La nostalgia hizo perecer má franceses que la fiebre amarilla. Con este objeto, y para evitar el suplicio moral de semejante fin, un puñado de hombres enérgicos se armó contra los guardas de la prision. Hubo una horrible matanza, pero varios volvieron á ver su suelo natal.

La nostalgia es tambien lo que poco más tarde, y bajo el gobierno de la Restauracion francesa, vino á diezmar las filas de aquel ejército de oficiales dimisionarios, conocido con el nombre de *Espedicion del campo de asilo*, mandado por el valiente general Lallemand.

Todo lo que trae á la memoria gratos recuerdos, basta para producir el mal del país. Recordemos si no esa música de trompeta tocada por los vaqueros en los montes helvéticos y el efecto mágico que sus acentos rústicos produjeron en los soldados suizos. Fué menester prohibir, *bajo pena de muerte* cantar, silbar ó tocar aquella música; porque recordaba sentimientos demasiado patéticos y producía un vivísimo dolor, aplacado únicamente con la desercion ó con la muerte voluntaria.

El temperamento bilioso es el que predispone más á la nostalgia, y ninguna estacion favorece tanto su desarrollo como el otoño; porque la caída de las hojas, la desnudez de la tierra, el poco tiempo que el sol alumbra el horizonte, las continuadas lluvias, las repentinas vicisitudes atmosféricas y los frios húmedos, fijan nuestra mente en un orden de ideas, las más veces melancólicas. La hora del dia que presenta mayor ocasion para recordar los objetos amados, es la de ponerse el sol, en ese instante en que el hombre experimenta una especie de laxitud enteramente particular, un estado de disgusto y de desamparo inesplicable.

Al modo del doctor Musset creemos deber admitir en las nostalgias tres fases distintas. En el primer grado de su afeccion moral el enfermo está triste, inquieto, cuidadoso, taciturno y sombrío; siente flaquezas y cansancios espontáneos, repite á cada instante el nombre de sus parientes, mira el país natal como un lugar encantado y se entrega á ilusiones apáticas. Este periodo de la nostalgia es el más comun é inspiró elocuentes frases á un célebre viajero que, habiendo llegado á la cima del Vesubio, escribió en sus apuntes lo siguiente: «¿Qué Providencia me ha traído aquí? ¿Por qué casualidad las tempestades del Océano americano me han arrojado á los campos de Livinia? Nacido yo sobre las rocas del Armórico, el primer estruendo que hirió mis oídos, al venir al mundo, fué el del mar; ¿y sobre cuántas playas no he visto despues estrellarse las mismas oleadas que encuentro aquí? ¿Quién me hubiera dicho hace pocos años que yo oiría gemir en el sepulcro de Escipion y de Virgilio las olas que se desplegaban á mis piés en las playas de Inglaterra y en las costas del Canadá? Mi nombre existe en la cabaña del salvaje de la Florida, y ahora está escrito en el libro del ermitaño del Vesubio. ¿Cuándo dejaré en las puertas de mis padres el baston y la capa del viajero? ¿Cuánto envidio la suerte de los que jamás abandonaron su patria y no tienen aventuras que contar á nadie!»

Habiendo llegado el enfermo al segundo grado, tiene los ojos hinchados, rojos y d'straídos; suspira y llora involuntariamente. El cutis se pone lívido, el apetito se pierde, las digestiones son penosas, las excreciones y secreciones se trastornan, la traspiracion disminuye, la cefalalgia aparece, y con ella un sueño atormentado por imágenes que recuerdan siempre el inesplicable encanto de la vida bajo el techo paterno; la respiracion es corta, la piel seca, el pulso débil y lento. Al anoecer se presentan accidentes febriles, las fuerzas físicas desaparecen, el enflaquecimiento es rapidísimo y las facultades intelectuales se estinguen.

En fin, en el tercer grado los síntomas se agravan; insomnios, estupor, delirio, postracion, diarrea colicuativa, fiebre ardiente y horrible decaimiento. El infeliz nostálgico entrega muy pronto su alma á Dios, pero el último latido de su corazón fué un suspiro hácia el objeto de sus amores.

La anatomía patológica es muy difícil de indicar: muchos autores han supuesto no haber hallado

nunca lesiones cadavéricas, mientras que Perey y Broussais afirman haber encontrado indudables huellas de flegmasia en el pecho y en el canal digestivo; así como derrames serosos en los ventrículos del cerebro. Mr. Boisseau ha dirigido especialmente su atención sobre el estado de las meninges, y ha declarado que estaban opacas, rojas y espesas por todo el sitio que cubre la parte anterior de los hemisferios cerebrales. No hemos abierto sino un solo cadáver de nostálgico, y, sea falta de atención, ó sea que en realidad no hubiese allí nada particular, declaramos no haber hallado en la autopsia la menor alteración respecto á la patología.

El diagnóstico presenta graves dificultades en primer grado, porque el mal del país no se diferencia entonces de la hipocondría y de la melancolía sino en ápices perceptibles únicamente por un ojo muy ejercitado. En el segundo y tercer grado nadie muy equivoca.

El pronóstico es muy variable, y depende muchísimo de las causas que han determinado esta enfermedad, á veces muy mortífera, como, por ejemplo, cuando reina epidémicamente en los campamentos, en los hospitales ó en las prisiones.

A fin de ganarse la confianza del enfermo y esperar aliviar sus padecimientos, cuando no curarlos, es menester que el facultativo posea el arte de leer en el corazón del nostálgico. Abierta una vez esta brecha, ¡cuántos consuelos va á penetrar hasta aquel alma destrozada por el dolor! El hombre que padece no quiere oír contradicciones, se rebela contra la razón si se le presenta con frente altiva, severa y regañona. Por consiguiente, debemos indicar con encarecimiento que la ciencia no emplee todo su arsenal terapéutico contra el mal del país, sino que se dirija á la benevolencia, á la bondad, á la fértil imaginación y á la inagotable abnegación de sus mandatarios, para realzar la parte moral del afligido, y hacer entrar en su corazón una dulce quietud juntamente con la esperanza de un próximo regreso á sus hogares tan deseados.

En el tratamiento de las afecciones de la inteligencia, los sacerdotes del antiguo Egipto añadieron á los medios naturales suministrados por la higiene, todo lo que es capaz de producir agradables sensaciones: juegos, ejercicios gimnásticos, danzas, cantares, sonidos muy melodiosos y disposición de imágenes seductoras. Tenían razón, y debemos hacer lo mismo que ellos.

Á fines del último siglo, ¿no supo el barón Desgenettes utilizar en Egipto los encantos de la música para distraer el ejército de las Pirámides? Esta influencia es tan soberana, que los capitanes de buques que se ocupaban en la trata, no tenían medio más seguro para disipar la tristeza de los negros é impedir su rebelión á bordo, que hacerles oír la música.

Si los razonamientos, los consuelos, los juegos, la gimnasia, el trabajo corporal y los recursos de la higiene no triunfan de los padecimientos del nostálgico, el medio infalible de conservarle la vida es enviarlo á su pueblo, con su madre y con su amante. Si esto es imposible y el mal hace rápidos progresos, pruébense los tónicos y la hidroterapia, hablese continuamente al enfermo acerca de los objetos que más quiere, y de este modo se sembrarán algunas flores alrededor de su tumba.

(Del Monitor.)

A UNA ROSA MARCHITA.

MADRIGAL.

El aura matutina

Abrió tu cáliz, rosa purpurina,

Y el aura de la noche

Cerró también tu delicado broche.

Así un día de Mayo

Vi mecerse la dicha en lontananza;

Llegó la noche, y á su tibio rayo

Vi, como tú, marchita mi esperanza.

¡Ay, de la noche al día,

Vá mucha diferencia, *rosa mía!*

CONSTANTINO GIL.

EL TELEGRAFO ELÉCTRICO.

No hace mucho que volaban alrededor de mi tintero todos los telégrafos comprendidos entre las luminarias que se usaron en los tiempos remotos y los mas modernos inventados con el auxilio de la electricidad.

Franklin, Lesage, Reiser, Chappe, Volta, Schilling, Wheatstone, Stenheil, Weber, Morse y otra multitud de *nenes* de igual calibre bailaban un *fandango* á mi presencia, esperando á que, segun sus méritos y antigüedad, se les llamase á jurar solemnemente decir verdad en cuanto fuesen preguntados respecto á la telegrafía.

En el momento, en que mi pluma acariciaba á la tinta, para arrancarla las letras con que habia de formar las palabras que dictasen los ya nombrados, una mi señora vecina, tan jóven como bella, tan bella como graciosa, tan graciosa como pura y tan pura cuanto puede serlo un ángel, hizo resbalar los dedos de sus nevadas manos por las teclas de un bien afinado piano, regalándome un torrente de armonía y sentimiento, y logrando con la primera que dejase involuntariamente escapar la pluma, y con el segundo poner en movimiento las fibras más íntimas de mi corazón.

Al acabar la composición que, si mal no recuerdo, era un canto del inmortal Bellini, toda la telegrafía habia desaparecido.

Yo no sabia pensar, si no sentir.

No te incomodes, pues, lector amigo, si este artículo que encabece *El Telégrafo eléctrico* no te dice nada que huela á ciencia, y date por satisfecho si consigues pasar algunos minutos sin empacho ni *spleen*, que es á lo que aspiro al continuarlo.

¿Sabes qué es el telégrafo eléctrico?

Hace un momento que, con el texto de *física* en la mano, y empezando por aquello de *la electricidad es hoy la parte más estensa de la física*, te lo hubiera explicado como lo explican los grandes sacerdotes de esta ciencia: ahora te contentarás con la definición ó demostración, ó como quieras llamarle, encerrada en un disparate.

Te advierto que esta manera de explicar está muy en moda.

El telégrafo es el hombre. Es decir, un conjunto de vicios y de virtudes, ó, aunque no es lo mismo, una cosa que juega, medita, calcula, se fastidia y se desespera.

Los vicios del telégrafo son deplorables. Su mayor afición es al juego. Elige por compañeros á los temporales y á los vientos. Tiene la felicidad de no ganar nunca. Muchas veces pierde. Entonces entra la desesperación. Se arrastra por el suelo, enreda sus hilos, troncha sus postes é incomunica las estaciones.

Cualquiera puede ir á pedirle un favor. No hay rey ni Roque á quien atienda. No da curso á un telegrama, aunque dependa de él la salvación del género humano.

También sus virtudes son de á folio.

¿A cuántos sentenciados á la última pena no ha sacado de la capilla para ponerlos en libertad? ¿A

cuánto paralítico no ha librado de su forzada inmovilidad? ¿A cuántos infelices no ha evitado una espantosa ruina? ¿Cuántas lágrimas no ha enjugado? ¿Cuántos placeres no ha proporcionado? ¿Cuántas fortunas no ha reunido....?

Respecto al humor, suele gastarlo muy bueno.

Sus bromas generalmente son pesadas. Valga de muestra lo siguiente:

Tenia cierta señora una hija soltera, jóven hermosa de 18 años, y por retirarla del novio, al que no quería, la mandó una temporada con los abuelos que vejetaban allá en Asturias. Pasaron ocho meses. Se determinó la vuelta de la linda viajera á la casa paterna. Con este motivo pusieron un despacho telegráfico, concebido en estos términos.

Adela ha partido: estamos inconsolables.

El telégrafo lo convirtió en:

Adela ha parido; estamos inconsolables.

Calcúlese el efecto que la bromita produciría en la buena señora que juzgaba á su hija la más pura de las doncellas. Lo más chistoso del lance es que, cuando llegó Adela, halló en su casa al novio, al que habia obligado la madre para casarse, lo que hizo muy satisfecho y tan de prisa, que cuando su *mamá-suegra* conoció el error en que la habia tenido el telégrafo, era ya tarde para evitar que la diesen tan dulce nombre.

Llamar á un señor *Caballo* señor *Caballo*, al *invierno inferno*, y otras cosas por el estilo, lo hace con frecuencia.

Es el mejor socio de los comerciantes. Él los pone al corriente de todas las alteraciones que experimenta el comercio europeo, indicándoles dónde y cómo se puede hacer negocio.

Es el más eficaz corre-vé-y-dile de los amantes. Nunca está más satisfecho que cuando dice á una hermosa de parte de su galán:

Te amo siempre con delirio.—Tuyo—N...

Es el conspirador de más cabeza. En la noticia más sencilla encierra la caída de un ministerio, la tranquilidad de una nación, la ruina de un trono. Cuéntase que en cierta revolución no muy lejana, cuyas ramas alcanzaban á todos los puntos importantes de las provincias, decía desde la capital, en el momento que empezaron los trabajos:

Dolores está embarazada.

Un mes despues:

Dolores entró perfectamente en el segundo mes de su embarazo.

Estalló la revolucion, que fué ahogada en el momento; el telégrafo dijo:

Dolores ha abortado.

Su partido es cada dia uno. En eso de volverse la casaca, le da cuatro rayas al más pintado.

No hay gobierno á cuyas órdenes no esté. Nunca se acuerda del caído para nada.

Si mañana se encumbrase el absolutismo, el telégrafo sería absolutista. Si llegara la república, sería republicano.

Es pudoroso como una virgen. El imprudente que se atreve á tocarlo, es fácil que se encuentre con una corriente eléctrica que le haga estremecer.

Tiene un estómago tan prodigioso que solo se alimenta con venenos. El ácido sulfúrico, el sulfato de cobre y otras frioleras por el estilo son su comida cotidiana. Y no haya temor de que le coja una indigestion.

Es el primer andarín que se ha conocido hasta el dia. Más tarda en consumirse un fósforo de Cascante que el telégrafo en dar la vuelta al mundo.

Y ya que hablamos de fósforos, diremos que, en esta materia, el tal Cascante es un pigmeo al lado del fluido eléctrico. Imitando aquello de:

Después de Dios, la casa de Quirós.

Él ha dicho:

Después de la del sol, la luz eléctrica.

Cuando se fastidia, sobre todo en las tardes caliginosas del verano, tiene caprichos originales. Convierte las estaciones telegráficas en funciones de pólvora. Se pasa horas enteras despidiendo chispas y fundiendo hilos metálicos.

Del que se ríe con soberano desden es del amigo Eguilaz, desde que en las *Querellas del Rey Sabio* escribió estos versos:

«Que el padre más debe amar

Al hijo más pequeñuelo.»

Sus razones tendrá para reírse, pero se las reserva, y nosotros debemos respetar su silencio.

PEDRO MARÍA BARRERA.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuación.)

Toda aquella tarde, de sagrada memoria para nosotros, se pasó hablando con este sabio religioso, que partió después, á pesar de su edad, para las misiones de la China, sin que hayamos vuelto á saber de él.

Los salvajes de la China y de todo el archipiélago Filipino, no son sanguinarios y crueles como en otros países, y sin embargo, tenemos miedo, que un prolongado martirio, ó la punta de una flecha de aquellos certeros tiradores del arco, haya venido á traspasar el corazón de aquel hombre bendito, así como un día traspasó el pecho del sabio é intrépido Magallanes, cuya sagrada memoria arranca lágrimas

de dolor á los ojos y suspiros ahogados al corazón.

No partió el padre Alberto sin cumplirnos su promesa y entregarnos antes un manuscrito que hemos leído mil veces, y que después de leído nos ha hecho esclamar conmovidos.

Hay en la tierra traslados

De los ángeles del cielo,

Que nacen para consuelo

De los seres apenados.

Hay corazones que al bien

Abren su primer corola,

Como gotas de agua sola

En la rosa del eden.

Hay quien al tocar el mundo

Con sus alas de oro y plata

Encuentra en la tierra ingrata

Un dolor triste y profundo.

Y es porque viniendo á ser

Ángeles de redención

Hallan dolo y corrupcion

Donde aguardaban placer.

Que del ángel la dulzura

Torna el mundo en honda pena,

Y aquella flor envenena

Que arrullaba brisa pura.

Y se complace cruel

En prolongar el martirio

Del que aguardó en su delirio

Hallar ameno vergel.

¡Tiernas almas de virtud,

Volved otra vez al cielo,

Que en la tierra dá el consuelo

Solo negra ingratitud!

Pero, ¡no! ¡benditas flores!....

¿Qué fuera del desgraciado

Sin el llanto y el cuidado

Con que endulzais sus dolores?

Que si el mundo nada dice

É ingrato y duro se muestra,

Hay en el cielo una diestra

Que vuestro esfuerzo bendice.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

El calor escepcional nos lanza en las encantadoras fantasías de foulard, gasa y muselina, tan dignas de satisfacer el capricho de las más exigentes. Bajo este supuesto nos persuadimos de que nuestras elegantes de color moreno se acomodarán perfectamente con las nuevas muselinas, color de cereza con lunares negros, que son á la vez perfectamente sencillas, y de la más elegante distincion. Las chaconadas del mismo matiz, ilustradas de pequenitas plumas á tintas, color de naranja, obtienen también mucho éxito. Tenemos tambien los fondos blancos, sembrados de plumas de pavo real, de grandor natural, modelos graciosos y poéticos, pero que lo se-

rian mucho más ejecutados en proporciones considerablemente reducidas. Podemos, asimismo, citar como tejido de estacion, y sobre todo de consistencia, los sembrados *Pompadours*; los pekings á líneas medianas, blancas y verde-agua; los lazos de flores del campo arrojadas en todas direcciones, con mariposas de oro, revoloteando coquetamente aquí y allí; los fondos á pequeños arbustos, violeta, con follaje negro, y adornados en el bajo de la falda con una tira violeta, superada por anchos dientes negros.

Las gasas de Chambery gozan de gran favor para trajes de salir ó *soirée*, pero el rey del momento es el foulard, que sirve tanto para uno como para otro. Recomendamos especialmente los fondos blanco, maíz, ó vapor, que no necesitan adornarse demasiado para formar elegantísimos trajes.

Una palabra sobre los arreglos.

Sabido es que los vestidos se hacen sin mangas, porque estas son blancas. El cuerpo es alto ó con escote cuadrado, con guimpá; gruesos ruches adornan el bajo de la falda, las sisas, y el escote, ó bien se colocan pequeños montantes sobre cada medio paño, formados por un ruche igual al vestido, ó en foulard liso del mismo color que los motivos. Dicho ruche va encajonado en un encaje colocado plano, y solamente fruncido en lo alto para dar la vuelta, ó si no se coloca en el bajo un encaje descendente con otro más pequeño encima que remonta el todo sin fruncir, y entre ambos un ruche de la misma tela del traje.

Pueden tomarse para estos adornos los encajes de Cambray, que, aun cuando no puedan rivalizar con los de Chantilly, cuestan mucho menos y duran bastante. Distinguese este encaje por cierta consistencia que le dispensa de todo aderezo, y como consecuencia se aja poco, por cuyo motivo obtiene gran favor para confecciones y vestidos. Cuando se trata de un elegante traje de salir, se coloca plano, así como para *soirée* es necesario sea bastante ancho para fruncirlo y disponerlo como volante.

Los trajes para las aguas se dejan señalar por un gran lujo de encajes figurando el mencionado, sin ninguna inferioridad.

Para acompañar á los vestidos adornados de este modo, es menester el paletot igual ó la vestimenta de encaje. Las rotondas, los chales cuadrados y las puntas es lo más buscado, especialmente los dos últimos, como un fondo de accesorios para muchos años, pues los chales sencillos, siendo sumamente bonitos y elegantes, no son tan exigentes para los complementos como las rotondas. Los vestidos de muselina blanca se adornan también de encaje, sea con volante ó un adorno liso, recubriendo el falso, sea con entredoses ó bien con los arreglos descritos para los trajes de foulard, en cuyo caso los ruches son de tafetan amarillo, lila, rosa ó azul. Con este traje es de rigor la vestimenta de encaje. También se adornan solamente de tafetan, ya con escarolados montantes colocados sobre el falso, ó ya con rimbos en toda especie de cinta. Puede completarse este traje para las aguas con un pequeño paletot del mismo tafetan, y sin mangas, adornado con cocas de cinta en lo alto de las sisas, que descenderán sobre los hombros. Este traje de muselina se destaca sobre trasparente igual al adorno, y las mangas del vestido son de muselina, formando un solo bullon hasta el bajo.

Dos palabras sobre los sombreros, antes de terminar esta revista. En cuanto á los redondos de viaje ó baños de mar son con el fondo redondeado y el borde plano y bastante ancho, á pesar de que las muy jóvenes llevan el borde más bien rebajado; se adornan de galon de paja, de cintas ó de terciopelo,

y si llevan pluma es siguiendo el borde. Los sombreros fauchon se guarnecen con una rama ó un racimo de flores agrupadas con plumas, encajes ó cintas.

Los de fondo plano se guarnecen generalmente con una corona de flores que rodea el fondo. Para todos se adopta el gran velo cuadrado, en tul de seda, tal como se llevaba hace algunos años. Este velo se sujeta como antiguamente con un cordón alrededor del sombrero, echándolo hacia el lado cuando no va sobre el rostro.

Esto no garantiza mucho de la impresion del exceso de temperatura, y para estos calores tropicales tenemos los preciosos cosméticos de Guerlain, que ponen el cutis verdaderamente invulnerable.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIFURIN.

Primera figura. Vestido de tafetan azul, adornado en el bajo con grandes cuadros de guipur, con fleco al canto; una banda del mismo guipur atraviesa los cuadros. Cuerpo alto, cerrado con botones, y adornado el talle con un cinturón de guipur. Manga estrecha, adornada de igual modo, con hombreras y puños de guipur. Rotonda muy larga de guipur. Sombrero imperio, de paja de arroz, con echarpe de tul borbado. Un pájaro á un lado, y bandó emperatriz en el interior.

Segunda figura. Vestido de foulard moteado, sobre el cual cae una segunda falda de gasa de Argel, con rayas al viés. El bajo de la falda de foulard está rodeado de un cordón que sube formando arabescos sobre las costuras de los paños. La falda de gasa está recogida por un cordón mezclado de perlas, y terminado por borlas. Cuerpo alto. Mangas estrechas. Sobre los hombros arabescos, color de rosa, rodeado de cordón. Sombrero de paja de Italia, con un pájaro, y largo echarpe de tul.

Tercera figura. Niña de dos años. Vestido de nan-souk, con plieguecitos y pequeños ruches en la falda. Cuerpo de escote cuadrado; mangas cortas. Cinturón con largas caídas y lazos en los hombros, de cinta escocesa; terciopelo en los cabellos. Zapatos marroquies.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1885.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.